

cas y tangibles, sistemas de fácil realizacion y cumplimiento. Dos graves obstáculos tenia el partido de los campesinos, lo que habia en sus doctrinas de utópico y lo que habia en su proceder de inoportuno. La utopia, que es lo imposible, queda siempre vencida; y la inoportunidad, que es una derogacion á las leyes del tiempo, gran enemigo de los que no cuentan con él, la inoportunidad se manifiesta, cuando se descubre que principios, no utópicos sino verdaderos y justos, aclamados en la primer mitad del siglo décimosexto, no vencen y predominan hasta la segunda mitad, ó mejor dicho, hasta las últimas postrimerías del siglo décimooctavo. El feudalismo tiene tal crueldad, contradice en tales términos todo cuanto hay de humano en nuestra naturaleza, se presenta en la historia con caracteres de tal suerte horribles que no podemos dejar de bendecir á quienes mueren, siquier prematuramente, por aherrojar el monstruo. Pero al verlo subsistente hasta nuestros dias en el suelo de Alemania, y derrumbándose tan solo á las ideas de esta generacion nuestra, y al golpe mortal que le asestó la revolucion de 1848; al ver esto, se ve tambien como los remedios á las enfermedades sociales exigen á un tiempo mismo justicia y oportunidad. De todas suertes, cuando acabamos de recorrer los campos ensangrentados en que han nacido y han muerto los siervos del terruño; cuando acabamos de respirar el negro humo lanzado por las teas de la venganza señorial y por las llamas de los régios braseros; cuando acabamos de oír el rechinar de los potros, donde los huesos se descoyuntan; cuando acabamos de ver tantos cadáveres colgados de las horcas en torno de cuyas cuerdas revolotean las aves carniceras; francamente, no tenemos claridad de juicio, y solo sentimos compasion por todas las víctimas y horror á todos los verdugos.

CAPÍTULO VII

EL PROCEDER DE LUTERO ANTE LA REVOLUCION DE LOS LABRIEGOS

Las exageraciones revolucionarias sirven siempre á la reaccion. Toda nueva idea política ó social nace limitada por el tiempo y las circunstancias, y constreñida, en razon de su propia novedad, á suscitarse obstáculos y dificultades sin cuento. Cuando recorremos las páginas de la ciencia y luego la vida de la realidad histórica, nos admiramos al ver cómo abundan las ideas allá en las cimas de la conciencia, y cómo, al revés del aire, se enrarecen aquí en lo real. Multitud de pensamientos llenan las obras de los filósofos, multitud de inspiraciones llenan la creacion de los artistas, multitud de ideales llenan el cielo de la conciencia; pero, en la realidad de la vida social, basta una idea sola para muchas generaciones y para muchos pueblos. La idea de un hombre, de Buda por ejemplo, alimenta siglos de siglos á los mas vastos Imperios del Asia, ese Oriente de las ideas. El antiguo dualismo persa, religion propia de un pueblo guerrero, trasciende al seno de la Persia contemporánea, como si fuera congénito al carácter mismo de su extraño suelo. El pensamiento que Abraham recogió en su tienda de patriarca y á la cabeza de su ganado por las revelaciones sublimes del desierto, brilla todavía, como una estrella de la Mesopotamia, en el cerebro de los hijos de Israel, diseminados por Europa, sobre la cual han ejercido desmedida influencia. Todavía subsiste la institucion pontificia, á pesar del oleaje de pasiones conjuradas contra sus antiguas bases, que el tiempo ha carcomido. Todavía los dioses paganos, que creíamos muertos por el triunfo de la religion católica y por el advenimiento

de la raza germánica, resucitan jóvenes y bellos en la paleta de los pintores y en las líneas de los bajos relieves y de las estatuas. Un soldado de la Pomerania lleva en nuestro siglo la corona del Imperio que Cárlo-Magno arrancó al sepulcro de los antiguos Césares; y un eslavo de las orillas del Neva se cree descendiente y representación de los Constantinos que reinaron en otro tiempo á las orillas del Bósforo; larga pero irrefragable demostración de cómo una idea sirve para innumerables generaciones y anima indecible ó incalculable número de pueblos. Y por tal causa, las ideas políticas tienen que someterse en su realización al tiempo y al espacio, á las circunstancias históricas, á las costumbres sociales, á las creencias, al estado de los entendimientos y al estado de los ánimos, perdiéndose y malográndose por fuerza si prescinden, al encarnarse en la realidad, de todos estos factores importantes.

La emancipación del género humano aparecerá, mirada desde las cumbres altísimas de lo porvenir, como una obra sistemática, á causa de perderse los accidentes en los conjuntos como los valles se colman y aparecen, cual tersas superficies, mirados desde la cúspide de una inconmensurable montaña. Pero la emancipación de la humanidad no se ha realizado de una vez, de un golpe, en solo un día; y antes bien se ha sometido, como ninguna otra obra de los mortales, á las leyes del tiempo y á las resistencias de la tradición. No se realizan de una sola vez los grandes sistemas sociales; gracias que se realice una parte. Las facultades del hombre se van desligando de los lazos que las atan y de las cadenas que las abruman paulatina y sucesivamente. Dos grandes revoluciones corrian paralelas en estos tiempos creadores; la revolución del sentimiento y la revolución de la conciencia, la revolución artística y la revolución religiosa. Pues bien, Italia, que hizo la revolución artística, no hubiera podido hacer la revolución religiosa; y Alemania, que hizo la revolución religiosa, no hubiera podido hacer la revolución artística. Es más. Si el sentimiento se emancipa en Italia, si la conciencia se emancipa en Alemania, si la tierra se agranda y renueva por ministerio de España, si la razón recobra su luz en la libertad de la republicana Holanda, si la observación de la naturaleza pierde su magia escolástica en el positivismo natural á la observadora Inglaterra; la gran revolución política, derivada de todas estas revo-

luciones anteriores, corolario espléndido de todas ellas, es la revolución francesa. Tal revolución, verdaderamente humana, jamás hubiera venido, si antes Italia no emancipa el arte; si España antes no agranda el escenario de la tierra; si Alemania no entrega el santuario divino y el libro revelado á la conciencia individual; si Holanda no ofrece la tierra movediza sacada de las entrañas del mar á la libertad del pensamiento; si Inglaterra no revela al mundo los secretos más preciados de la naturaleza. En aquel tiempo, y por la mediación de Alemania, solo podía realizarse la revolución religiosa. Mayor trabajo la hubiera por completo abrumado, y distraído sus fuerzas del punto principal á que debían converger y en que debían concentrarse, la hubiera quizás imposibilitado para la magnitud incalculable de su grande obra. Tan cierto es cuanto decimos, que esa Alemania de los profetas y de los reveladores, esa tierra donde la conciencia religiosa por vez primera ha sentido los estremecimientos de la libertad, la patria de Lutero y de Melancton, de Florian y de Munzer, la que tuvo en el siglo décimosexto los primeros y más audaces revolucionarios de la historia, tanto en lo religioso como en lo social, ha guardado por más tiempo que ningún otro pueblo europeo las instituciones antiguas, ha sufrido con mayor paciencia que nosotros el sistema feudal y la monarquía absoluta, conserva todavía en gran parte, si no los privilegios engendrados por las tierras de señorío, las supersticiones y las costumbres; y es aun hoy extraña confederación de tribus armadas que llevan á su cabeza un Emperador montado en caballo, el cual destila de sus crines sangre, ceñido con la aureola del derecho divino apagada en la frente de todos los reyes de Europa, envuelto en el manto de Cárlo-Magno que parece un jirón del sudario de la Edad media, acompañado por una turba de guerreros insaciables y apercebido siempre á la matanza y á la conquista. El pensamiento de Alemania se ha emancipado, pero la emancipación no ha descendido á la vida, quedando allá en las cimas de la conciencia como una abstracción filosófica. Fué necesario que los pueblos latinos vinieran y con su soberana lógica sacaran las consecuencias políticas y sociales contenidas en los principios de la revolución religiosa. Alemania se redujo pura y simplemente á emancipar la conciencia. En este colosal trabajo agotó sus ideas y sus fuerzas.

¿Qué había de hacer Lutero bajo la inmensa pesadumbre de esta incontrastable fatalidad histórica? No acostumbramos á excusar las faltas de los hombres atribuyéndolas á decretos del destino. Apreciamos la libertad en cuanto vale y sabemos á donde alcanza el largo radio de su iniciativa. Harto mostramos en toda esta historia que somos capaces de exigir y dar á cada cual su responsabilidad. Ninguna de las faltas de aquellos, cuya vida hemos historiado, la desconocemos ni la mitigamos. Al arrogarnos el ministerio de historiadores, sentimos su responsabilidad, y aspiramos á una justicia igual á las grandes é implacables justicias de la historia. Y tal vez por esta razon, jamás les pedimos á los hombres que procedan como si realmente fuesen unos dioses, capaces de henchir con el soplo de la vida los espacios vacíos al eco de su palabra. Los labriegos insurrectos deducian de los principios luteranos consecuencias varias, verdaderas unas y erróneas otras, justas unas é injustas otras, pero todas de una completa inoportunidad, demostrada por las utopias que á ellas mezclaron y por la indisciplina y el desórden con que las sostuvieron. Y Lutero tenia en verdad harto ministerio con la emancipacion del espíritu humano, para mezclarse en otras empresas y en otras obras de mayor ó menor cuantía. No vereis en la historia que un solo hombre realice dos grandes y universales designios. Quien halla un mundo nuevo como Colon, por ejemplo, no halla nuevas ideas como las halló, por ejemplo, Newton. Quien crea la poesía como Homero, no crea la ciencia como Thales. Fidias producirá una revolucion profunda en las artes plásticas; pero no podrá, no, producir una revolucion igual en las artes políticas. Ingenios de alta jerarquía se ciegan y tropiezan cuando se les desengarza de su centro y se les combate su fin. Lutero, por la prontitud del concepto, por las inspiraciones súbitas y luminosas, por la fuerza de argumentacion, por la riqueza de estilo, por aquella facilidad de contrastes que llegan á poner con arte un albañal junto á una estrella, por aquella maravillosa elocuencia en cuyos acentos se oye el resuello de todas las pasiones, por aquella facilidad con que salta de lo ideal á lo vulgar, de las oraciones de un templo á los dicharachos de un mercado, cual pocos facundo en sus improvisaciones, cual ninguno pronto en sus respuestas; capaz de iluminar con un destello de pensamiento los mas hondos problemas y de destruir con una punta de dardo los mas formidables

enemigos; no une, no, á estas condiciones de justador literario, de tribuno elocuente, de apóstol maravilloso, los talentos políticos que exigen mas reflexion y menos grandeza. Por consiguiente, autor de una revolucion religiosa, no podia, no, asociarse á una revolucion social.

En el castillo de Wartburgo estaba cuando asomaron los primeros síntomas revolucionarios. Y creyendo que basta el corte de la pluma para detener ó dirigir el curso de los sucesos, escribió una exhortacion dirigida expresamente á los cristianos, conjurándoles á preservarse de revueltas y de revoluciones. En su sentir estos procedimientos desirven y deshonoran la causa que los emplea. El rebelde se arroga el ministerio de juez y vengador en propia causa. Y en otra parte, al ver los excesos cometidos por las multitudes sobrecitadas con las fórmulas comunistas, exclamaba: «No se puede jugar ni bromear con ese caballero denominado, todo el mundo. Por lo cual Dios ha constituido la autoridad para que haya órden aquí bajo.» En su estilo pintoresco y en su punto de vista exacto, para coger y apreciar la causa del enemigo, dice, que «los nuevos sectarios quisieran vernos á todos subir á las nubes y cabalgar sobre el viento sin decirnos cómo ni de qué manera.» Reunidos ya los labriegos, sintió el Profeta congojas de dolor y asaltos de duda. Unas veces creia ver en ellos el diablo con sus ángeles y otras veces creia ver en ellos profetas descarriados pero necesarios á la purificacion del nuevo pensamiento. Ya se dirigia sinceramente á los poderes alemanes para que dejaran libertad á los nuevos reformadores; ya pedia contra ellos implacable persecucion. Los revolucionarios le designaron por árbitro en uno de sus escritos y esta designacion, que halagaba en todo á su vanidad, inspirábale palabras sensatas y consejos de prudencia. Pero, al mismo tiempo que debia combatir los excesos de esta democracia religiosa, estaba en guerra abierta con la aristocracia católica compuesta del antiguo episcopado. Singular situacion la suya. Para combatir á los labriegos no podia, no, apoyarse en los magnates eclesiásticos por creerlos demasiado reaccionarios; y para combatir á los magnates eclesiásticos, no podia, no, apoyarse en los labriegos por creerlos demasiado violentos. Lo que mas, sin embargo, le molestaba, era que se atribuyese la nueva sedicion á sus antiguas predicaciones y se diera por muchos á las ideas luteranas el tinte de ideas comunistas. Cuando llegaba en sus luchas diarias á encontrarse con tal